

ya sea para explicar más lo dicho, ya para repetir lo mismo desordenando la explicación. Sus definiciones no tienen siempre la precisión requerida, y aun llegan a no ajustarse con lo dicho en otra parte. Por esta razón no podemos dar a su pensamiento más claridad que la que él mismo le da".

"La filosofía teórica es menor en sus escritos que la filosofía práctica".

"Hay que tener cierta indulgencia en la precisión de los límites estrictos de la filosofía, porque Egaña se vincula a temas variados y entonces cuesta separar lo que es estrictamente filosófico de lo que no lo es".

"El interés que tiene Egaña es poder conocer el pensamiento filosófico de su época, porque es el único autor de su tiempo que tuvo una constante preocupación filosófica y nos dejó su pensamiento escrito. No niego que otros tuvieran la inquietud, pero su pensamiento no nos ha sido conservado por ellos con la abundancia o la universalidad de problemas tratados como en el caso de don Juan Egaña" (págs. 38 y 39).

Es evidente que Egaña no era un filósofo en el estricto sentido de la palabra, sino más bien un aficionado a esta ciencia y el único hombre de su tiempo que tuvo "preocupación filosófica". En Chile no ha habido filósofos.

Como Juan Egaña fue uno de los hombres más influyentes en la Emancipación y durante los primeros años de la República, el Padre Hanisch estudia la Escolástica y las causas de la Independencia, las relaciones de la Iglesia y el Estado, los primeros pasos de la Educación en Chile y la Constitución de 1823, inspirada y redactada por Egaña.

En suma el libro del Padre Walter Hanisch es de grande utilidad e imprescindible si se quiere conocer el pensamiento del único patriota chileno amante de la filosofía.

FIDEL ARANEDA BRAVO

<https://doi.org/10.29393/At411-25DLGA10025>

Dos libros sobre Ortega

También en Chile han comenzado a aparecer libros sobre Ortega. Pasados los homenajes y artículos de circunstancia, la labor en torno a él está tomando cauces más hondos y contundentes. A pesar de que esto empezó en 1962 con el libro de Hernán Larraín Acuña*, no deja de ser sorprendente que el año pasado hayan sido publicados, casi simultáneamente, dos volúmenes extensos sobre Ortega. Y ambos —además— son tomos iniciales de una obra mayor que será continuada si se cumple el propósito de los autores**.

Como hecho bruto, esto es positivo. El examen de la obra de Ortega demanda empeños mucho mayores que aquellos de que son muestra los

**La Génesis del Pensamiento de Ortega*. Bs. As., 1962.

**Osvaldo Lira, SS. CC. *Ortega en su Espíritu. I. Metafísica y Estética*. Univ. Católica, Stgo., 1965. Francisco Soler Grima. *Hacia Ortega. I. El Mito del Origen del Hombre*. Univ. de Chile, Stgo., 1965.

casi incontables artículos de revista que se han escrito, en etapas anteriores, para glosar o ponderar aspectos parciales de su producción. Son muy escasos los estudios de ese tipo que pasarán a formar parte del edificio, aún no construido en un alto porcentaje, de la filosofía orteguiana.

Como veremos, el motivo y la finalidad que han movido a los Srs. Soler y Lira a escribir sobre Ortega, son totalmente diferentes, en rigor, opuestos. Con ellos —y en Chile— se abre un nuevo frente de la polémica que en España tiene ya más de veinte años de duración. Ambos autores pueden ser adscritos, sin violencia, a uno de los dos bandos que han surgido en la Península en cuanto al enfoque que se hace de la obra de Ortega. El Sr. Lira puede agruparse claramente con los señores Iriarte, Sánchez Villaseñor, Ramírez, etc. Más de una cita, invocada en apoyo de sus puntos de vista, de alguno de estos autores, se desliza en el libro del Sr. Lira. En la página 150 hay un nombre y una ponderación de él bastante significativos: "García Álvarez (metafísico de gran estirpe)..." Soler dedica su libro a Chile —en primer lugar— y a Julián Marías "maestro y amigo", inmediatamente a continuación. Está, pues, en la línea de Marías, Ferrater Mora, Aranguren, Garagorri, etc. No hay duda que estos linajes no incluyen a todos quienes han escrito sobre Ortega. Pero los autores excluidos gravitan siempre hacia uno de estos dos núcleos que en sus exponentes extremos son polarmente opuestos. Tal vez los antecedentes biográficos de los señores Soler y Lira ayuden a explicar lo fácil que resulta ligarlos con comodidad a las tendencias que en lo que respecta a la crítica orteguiana son posibles de observar en España. El Sr. Soler es español y ha hecho sus experiencias filosóficas fundamentales dentro de la situación y el ambiente creados por Ortega. El Sr. Lira es sacerdote —como muchos de los integrantes de su tendencia dentro de España— y, según parece, muy ligado cultural y sentimentalmente a España.

Pero, sin duda, esta logomaquia peninsular tan briosamente iniciada por estos libros entre nosotros, debe nutrirse de algo que la explique como una unidad. Sería una extraña anomalía cultural la existencia de una polémica ya bastante sostenida que no obedeciera a necesidades de fondo. Desde la partida hay que tener por absurda toda explicación que no quiera ver en el objeto mismo el asiento y origen de estas posturas opuestas. Pensar en enardecimientos gratuitos, sin raíces hondas en un suelo capaz de mantenerlas poderosas y vivas, sería pensar mal, pensar equivocadamente.

Soler anota una causa que ayudaría a explicar, al menos, la vitalidad de la preocupación de la crítica por Ortega. Dice en la página 37: "tengo la impresión de que todo lo que en pensamiento nuevo se haga en lengua castellana, viene de, está posibilitado por nuestro pensador [Ortega]". Sea por adhesión entusiasta o por negación ardorosa, parece que la afirmación de Soler puede recaer por igual, justificadamente, sobre todos los pensadores que vienen después de Ortega en España. Hombres que han ejercido una crítica reflexiva, ponderada, y tal vez justa, sobre la obra de Ortega,

como Nicol por ejemplo, no escapan fácilmente —al menos en parte importante de su producción— de esta gravitación hacia el orteguismo.

Dando por vigentes, por abiertos, y aún por justos muchos de los reparos que se han hecho a Ortega, no es posible desconocer el impacto hondo y prolongado que su labor ha ejercido y ejerce en el ámbito del pensamiento en lengua castellana. El orteguismo como fenómeno cultural español e hispanoamericano existe como realidad plena. El orteguismo sobrepasa, incluso, los órdenes del pensamiento y se desborda a aspectos de la praxis cultural. Hay reformas universitarias y escritores de primera importancia que derivan claramente de las ideas de Ortega y de su elevamiento a modelo. Por ello no será cuestión secundaria establecer un ajuste crítico general, una norma socialmente aceptada, que dé cuenta del valor de su pensamiento y obra. Tanto a nivel puramente teórico como a nivel de su repercusión social, importará mucho cuál sea la opinión predominante que logre establecerse. Escribir sobre Ortega deviene así, casi fatalmente, en polémica. Sin embargo, en la medida en que se supere esta etapa, se estará ingresando en un tratamiento más serio y fructífero del asunto. Es imprescindible avanzar en la constitución de la filología orteguiana, tarea todavía por hacer en su mayor parte. Pero para ello hay que reconocer la existencia de posiciones ya tradicionales. Reconocer esta situación, analizarla y explicársela, es una de las vías posibles de superarla.

Parece que para el hombre de habla española es casi un deber moral hacerse cargo de Ortega y del orteguismo. Mientras no se establezca con claridad lo que estos fenómenos son, no habrá posibilidad ninguna de sentirse intelectualmente liberado de realizar un examen individual de ellos. No se puede dar un paso en muchos órdenes de las humanidades sin tener un modo certero y económico de deslindar lo que se está haciendo de la obra de Ortega o de referirlo a ella.

Conseguir una evaluación justa de todo esto no es tarea exclusiva de los filósofos —o profesores de filosofía— como pudiera pensarse. Hay una problemática muy abundante que es de orden claramente textual, filológico. Tal vez una llamada persistente de mayor respeto a los textos de Ortega podría eliminar muchos planteamientos falsos a la crítica filosófica. O precaverla de frivolidades un tanto bochornosas.

El libro del Sr. Soler es ejemplar respecto a esto último. A lo largo de 312 páginas bastante apretadas, maneja los textos orteguianos con una oportunidad, riqueza, conocimiento y penetración asombrosa. Esto le permite sacar sentido y hondura a frases que, por lo general, se miran como simples modos de decir de Ortega. Tomando en serio la afirmación —muchas veces repetida— de Ortega de que la filosofía es sistema y no otra cosa, descubre aspectos sistemáticos hasta en simples adjetivos. En esta dirección, el peligro tiene más bien un signo opuesto: ampliar un tanto exageradamente el significado y sentido de algunos pasajes.

Sin embargo, Soler sabe perfectamente que el rastreo sistematizador no es fácil. No cae en la vulgaridad frecuente de confundir la capacidad esti-

lística enorme de Ortega con lo incontrovertible o simple de lo expresado de este modo: "Ortega es sumamente difícil y complicado", p. 102. Son muchos los pasajes de las obras de Julián Marías en que se hace la misma advertencia. Parece casi inevitable que apenas se comienza a estudiar a Ortega con respeto y cuidado, empiezan a surgir las complicaciones y dificultades de su pensamiento. El modo de abrirse paso a través de una producción que se nos aparece así, no puede ser otro que el de la docilidad y la falta de prejuicios:... "trato de guiar dócilmente al escrito, no de imponer un esquema el *corpus* orteguiano...", p. 173. Esta entrega ilimitada al objeto queda todavía más subrayada cuando, en la página 69, afirma: "Bien curioso es lo que nos pasa: no sólo tratamos de pensar sobre lo que él pensó, sino que, por si esto fuera poco, además de ser suyos los pensamientos, también lo es nuestro escribir. Parece que no hay otro remedio que hacer de 'Jonás' y quedarse dentro de Ortega, después se verá si se sale del vientre o no".

No de una manera excesiva pero sí con cierta frecuencia, Soler emplea giros y rasgos estilísticos típicos de Ortega o próximos a su modo de escribir.

La entrega a las sinuosidades propias de la obra de Ortega obliga a Soler a un tratamiento moroso del tema. La morosidad es un rasgo tan resaltante de este estudio que tiende a desfigurarse en defecto. Pero este tratamiento se le ha impuesto al Prof. Soler y tiene clara conciencia de él. Dice, al respecto, en la página 173: "Aún a riesgo de molestar al lector con el carácter pespunteante y sinuoso de nuestro escrito, no queremos pasar por alto problema alguno, por razones de simplicidad o de comodidad". Tal decisión de morosidad se expresa también de otras maneras: "Pero la 'pequeña' nota merece un buen capítulo", p. 118, refiriéndose a algo todavía por analizar que completaría el proemio al tema propio de este primer volumen. Junto con situarse otra vez en la línea de Julián Marías cuando éste se refiere a la necesidad de explicar convenientemente las *Meditaciones del Quijote* —cosa que después haría— es también indicativo de esto mismo el carácter de comentario que Soler da a su trabajo:... "estas páginas de 'comentario perpetuo' a Ortega...", p. 188.

El tema central del libro lo constituye precisamente el 'comentario' del *Mito del Origen del Hombre* que Ortega contó en dos oportunidades: en *Una interpretación de la Historia Universal. En torno a Toynbee* lección x, 1948-1949 y en el *Darmstädter Gespräch*, 1951. No cabe duda que Ortega estuvo preocupado de esto por bastante tiempo. En una nota del Prólogo que puso al libro de caza del Conde de Yebes, anticipaba ya una publicación en torno al problema del origen del hombre. La nota dice: "Espero poder pronto presentar mis atisbos sobre este emocionante y funambulesco tema: el origen del hombre" (oo.cc., t. vi, p. 473, nota 1). Esta nota va en un escrito de 1941. A 1951 —vez que contó por 2ª vez el mito— van exactamente diez años. Como se ve, todo se podría decir de Ortega, menos que sea un frívolo repentista. Cuando se decide a contar el mito, lo hace

con un respaldo de diez años de maduración. Y si cuenta un *mito* es porque honestamente no se puede hacer más. Todo el empeño del Prof. Soler está destinado a hacer manifestarse en su sentido pleno este cuento de Ortega. Como se ve, difícilmente podría darse un tratamiento más moroso del tema. Cinco o seis páginas de Ortega —sumadas ambas versiones del mito— generan las trescientas pasadas de su comentador. Mayor respeto y amor intelectual no podrían encontrar una fórmula más contundente de manifestarse.

También hay respuesta explícita en este libro acerca de por qué el análisis recayó sobre este aspecto del pensamiento de Ortega. Dice Soler: "En la obra de Ortega se puede entrar por cualquiera esquina, con tal que se haga *seriamente*..." (p. 17). Respetando esta afirmación, creo que sería conveniente buscar accesos de acuerdo con planteamientos más generales y ordenadores. No cabe duda que cualquier recoveco de la producción orteguiana puede ser comentado "seriamente". La seriedad es recomendable para este tipo de estudio como para cualquier otro. Pero convendría plantearse también con detención la problemática global de su obra para esclarecerla con criterios sistemáticos. Pero también está claro que los análisis parciales ayudarán de modo importante al esclarecimiento de conjunto.

La postura del profesor Soler es la normal y típica cuando se realiza una obra de esta clase. El autor está guiado por el *intelletto d'amore*. De la admiración y curiosidad sana por la obra de Ortega ha derivado a su estudio e interpretación. Tal actitud puede pecar —a veces— por un exceso de adhesión al pensamiento que se estudia, pero tal posibilidad no es peligrosa, si se mantiene dentro de ciertos límites. Los límites vienen dados por la preparación y solvencia del estudioso; como su adhesión última es al tipo de problema al que se aboca la obra considerada, y a través de ellos a esta última, bastará una mente alerta a la situación actual de tales problemas para no ser arrastrado sentimentalmente a posiciones apologéticas exageradas. Y el Prof. Soler se nos muestra como un hombre sobradamente dotado de estas condiciones a través de este estudio. Obra de amor, pues, pero de *amor intellectualis*. Por lo tanto fecunda y necesaria.

Para la rápida orientación del lector, he dicho arriba que el libro del señor Lira es de signo opuesto al del Sr. Soler. Pero conviene que el lector se forme una opinión por su propia cuenta. Para ello iremos mostrando algunos de los textos que conducirán derechamente a este fin.

Este primer volumen —que será seguido por otro u otros— tiene como subtítulo *Metafísica y Estética*. Ya en el prólogo, el autor explica la razón que tuvo para recurrir a una adjetivación dura en contra de Ortega: "Más de una vez [¡muchísimas más!] hemos recurrido a calificativos extremadamente duros sobre el pensador español. Ello se debe al hecho de que, sin necesidad ninguna de su parte, ha insultado él a la Iglesia Católica Romana, expresándose en forma venenosa, grosera e impía acerca de los seres que a todo católico, por el solo hecho de serlo, le resultan los más caros y venerandos" (p. 7). Se anuncia aquí la línea expositiva central del libro:

No se trata del examen del pensamiento de Ortega para buscar su consecuencia interna, o su situación respecto a la filosofía contemporánea, o para demostrar sus lagunas y deficiencias por la profundización de la zona de la objetividad respecto a la cual en cada caso Ortega anunció ideas —se trata, por el contrario, de ver en qué medida su esfuerzo intelectual coincide o disiente del pensamiento católico en general y del tomismo en particular. Es pues, la misma actitud de Santiago Ramírez respecto al cual J. Marías observó ya un hecho material grueso: en su libro***, que lo cierran dos índices de materia, uno de *dos páginas* se llama *Índice Orteguiano*; el otro de ocho páginas se llama *Índice tomista*. Sin embargo, el título del libro haría esperar una proporción algo diferente. En el desarrollo de este modo peculiar de abordar el tema, todo lo que sea tomismo o antecedentes de él o que de algún modo gire en su órbita, será sancionado como superior e inmejorable. Cualquiera otra postura sufrirá el rigor adjetival negativo del Sr. Lira. Aristóteles, en primera línea, será uno de los pensadores enconadamente defendido: "Aristóteles no obedecía a ningún prejuicio *sino a las exigencias y leyes mismas de la realidad* cuando declaraba que la sabiduría natural es la norma reguladora de todas las demás dimensiones del saber", p. 11 (subrayamos nosotros). En la p. 12: "la metafísica tradicional (*la única verdadera por lo demás*)" (subrayamos nosotros). Y en la 15:... "el pensamiento escolástico... con admirable consecuencia consigo mismo —y, *también, con la verdad*" (subrayamos nosotros).

Es posible que muchos estudiosos y especialistas de la filosofía tengan serios y *fundados* reparos que hacer al pensamiento de Ortega. Especialmente aquellos que se sientan más cerca del idealismo que de otras posturas. De leer esta obra del Sr. Lira, encontrarán que tampoco se libra un maestro como Descartes de su ataque. Las cariñosas y admirativas expresiones con que Husserl inicia sus *Meditaciones Cartesianas*, danzan fantasmalmente por asociación de contraste tras lo que dice el Sr. Lira en la p. 41: "...pensamiento metafísicamente tan rudo, tosco e incomprensivo como el de Descartes...".

Puesto en la tarea de buscar adjetivos más enérgicos cada vez para propinarle a Ortega una nutrida paliza verbal con esa categoría morfológica, el Sr. Lira suele olvidar el sentido correcto que tienen los sustantivos en sus respectivos campos semánticos. Así se explica, por ej., el uso inusitado que él hace de la palabra *fonema*. Tecnicismo de la fonología que sirve para nombrar los elementos fónicos mínimos distintivos, aparece con la significación de palabra o vocablo (¿confusión tal vez con *semantema*?): "De lo que sí dejamos constancia es del empleo frívolo, precipitado, impensado de ambos fonemas [se refiere a las palabras Filosofía y Vida] por parte del filósofo", p. 42. Aunque la palabra fonema mienta un tipo de objeto mucho más inocente y de menos trascendencia que aquellos aludidos por los vocablos que Ortega usaría en forma acreedora a tres adjetivos negativos, estos mismos adjetivos no podrían exceptuarse para este atolondramiento

***Santiago Ramírez. *La Filosofía de Ortega y Gasset*. Edit. Herder. Barcelona, 1958.

del Sr. Lira. Tampoco su prodigalidad adjetival es suficiente garantía para precaver al autor de mal gusto: ...“Sin darse cuenta de que... *estaba descubriendo el Mediterráneo*” (subrayamos nosotros) dice en la p. 76 refiriéndose a Ortega. Y un poco antes, en la misma página “afirma tan farrucamente...”.

También cae dentro de lo inusitado —por incomprensible, al menos para nosotros— que el Sr. Lira iguale, sin mayor trámite ni advertencia explícita alguna, a Sta. Teresa de Jesús con San Juan de la Cruz. Rebatiendo, en las páginas 214-215, la opinión de Ortega según la cual no se puede aplicar con la misma justicia la palabra genio a Newton que a Sta. Teresa, el Sr. Lira defiende a esta última y en apoyo suyo cita unas fervorosas palabras de Dámaso Alonso que se refieren, sin embargo, ¡a San Juan de la Cruz! y que ni próxima ni lejanamente se pueden aplicar a la obra (*Las Moradas*) que expresamente cita Ortega de Sta. Teresa. Semejante proceder inusitado es todavía de mayor gravedad cuando inmediatamente a continuación de cometida la confusión, siguen las siguientes expresiones: “Semejante necedad no vale la pena rubricarla con ningún comentario. Cuando las insolencias son del jaez de la precitada de Ortega, deben responderse con el más profundo desprecio” (pp. 214-215).

Las dos partes de este primer volumen —la Metafísica y la Estética— se transforman así en una revisión de algunos juicios de Ortega seleccionados con la finalidad fundamental de rebatir aquellos que se apartan de los puntos de vista del autor. No se advierte un esfuerzo por organizar el pensamiento de Ortega que, como sabemos todos, fue comunicado un poco al azar y asistemáticamente.

Los ataques más duros en contra de Ortega están contenidos en el examen de su metafísica. Conociendo cual es el pensamiento de este tipo en que el autor se siente arraigado, esto resulta claramente comprensible. En el análisis del pensamiento estético de Ortega —puesto que en este sector el tomismo tiene un radio más pequeño que en el metafísico— el autor reconoce en varias oportunidades la penetración y riqueza del aporte de Ortega. Sin embargo, resulta chocante que repetidamente combata las ideas musicales de Ortega, dejando sin análisis suficiente los estudios —que son abrumadoramente mayoritarios en su producción— de estética literaria y pictórica. Es sabido que Ortega escribió *un solo* artículo sobre música (*Musicalia*, 1921, recogido en el Nº III de *El Espectador*). En alguna oportunidad hizo referencia a que no había escrito más sobre música por una razón *ad hominem*: los músicos le fueron pareciendo cada vez más gente desagradable y antipática. No obstante la poca preocupación de Ortega por la música, el Sr. Lira dedica largos párrafos al ataque de ese único artículo de Ortega. Parece que el Sr. Lira es muy aficionado a este arte y abre curso así más bien a su inquietud personal que al examen objetivamente adecuado que demandan los textos de Ortega en lo que respecta a este campo.

En la página 76, se refiere también el Sr. Lira al mito del origen del hombre contado por Ortega. Luego de reproducir algunos pasajes del texto

orteguiano del año 51 —sin indicar en ningún momento que el propio Ortega presenta esto como un mito— opina el Sr. Lira: “Francamente, el pensamiento metafísico —¿metafísico?— de Ortega en los textos anteriores deja una impresión lamentable. El hombre es un enfermo, y, sin embargo, viene durando millones de años. Pero ¿es que tiene esto algún sentido? ¿Es que pueden proferirse palabras tan desatinadas y, todavía, con pretensiones metafísicas?... Se puede hablar de este modo en un periódico sensacionalista que va en busca de público...” Este párrafo reemplaza las 300 páginas de comentario de Soler.

Se puede hacer una lista larga con los calificativos y apreciaciones negativas que el Sr. Lira hace de Ortega. A veces de su obra, otras de su persona. Señalaremos algunos ejemplos: [Ortega sufriría de] ...“irremediable frivolidad intelectual” (p. 53); ...“su absoluta frivolidad intelectual” (p. 57); “Ortega no cree en la inteligencia. Lo dice; y su decir, a juzgar por sus frutos, corresponde a su realidad interior”. (p. 128); [Después de citar un texto de Ortega] “Porque es tal el cúmulo de mentecateces y necesidades contenidas en las precitadas palabras de Ortega...” (p. 170); en las pp. 177-178, luego de citar un texto de Ortega, vienen 27 líneas en que se acumulan las expresiones duras en contra suya: “la chabacanería y la impiedad”...; “acusación villana, ruin...”...; “no tiene derecho a exigir el menor respeto de ninguna persona honrada”...; “propósitos inconfesables aunque bastante transparentes...” [y cierra]: “Pero para cualquiera que sepa de dignidad, el villano es él. Ortega, que no trepida, con tal de insultar a Dios, en atribuir calumniosamente a los demás lo que él ansiaría decir en nombre propio”. E inmediatamente a continuación, en la página 179: “Porque dada la contextura espiritual de Ortega, incluso las verdades más importantes quedan implacablemente minimizadas en su espíritu”. Más adelante: ...“contra la cual [la mística] se esmera Ortega en mostrarse particularmente venenoso” (p. 187). Y luego: “¡Pobre hombre!” (p. 198). Aún sigue: ...“insolencias tan villanas, cobardes y ruines no merecen sino el desprecio” (p. 215): “Porque hay que ser un débil mental para creer que lo infinito puede ser captado adecuadamente por lo finito” (p. 217); “Frente a desvergüenzas como las que profiere Ortega en este caso sólo queda recordar el aforismo: ...*la miel no es para la boca del asno*” (p. 218); “inepto irremediable” (p. 218); y siguiendo con el Evangelio: “Sólo observaremos que Ortega se halla en situación análoga a la de los cerdos ante las margaritas de que nos habla Nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio” (p. 228), etc.

El lector debe juzgar si con el método del Sr. Lira se comprende mejor y más ricamente a *Ortega en su Espíritu*, es decir, el espíritu de Ortega o si, por el contrario, se desvela ante sus ojos el espíritu de alguien que no es, precisamente, el de Ortega.